

**“El secreto de mi método de formación consiste en avanzar progresivamente, sin interrupciones, terminando lo primero antes de empezar lo segundo y continuando lo segundo hasta llevarlo a la misma perfección que lo primero.”**



## 10 Piedra sobre piedra

Un buen maestro es un maestro de obras, un “maestro de la construcción” que va colocando cuidadosamente piedra sobre piedra y sabe que hay que empezar por los cimientos, proseguir con las paredes y terminar con el techo. Cuanto más grande sea la casa, más resistentes deberán ser sus cimientos. Con ello se observa uno de los principios didácticos esenciales de Pastalozzi: el principio de construir sin falla o principio de *coherencia*.

Al igual que el maestro de obras, el enseñante nunca debe perder de vista ni a los niños, ni a las asignaturas que debe enseñar. Las fuerzas del niño y las capacidades correspondientes deben desarrollarse correctamente en una secuencia psicológica coherente. Las disciplinas o materias deben dividirse en criterios lógicos y psicológicos para elaborarlas poco a poco.

Todo es tan evidente que casi me da vergüenza hablar de ello. Sin embargo, lo hago, pues hay tantos alumnos que fallan en niveles superiores porque en niveles inferiores no entendieron ciertas cosas elementales y no adquirieron las capacidades fundamentales para proseguir. Muchos se recuerdan aún de la famosa frase del maestro: “No te puedo esperar, debo enseñarle a toda la clase y tengo que continuar.”

Lo que cuenta, pese a todo, es avanzar únicamente cuando los alumnos han asimilado correctamente todo lo que necesitan para *comprender* lo que sigue; sólo entonces - una vez que el alumno ha logrado adquirir una simple habilidad necesaria para adquirir una más compleja, se puede proseguir. El método que asegura el éxito es el que parte de lo más sencillo hacia lo más difícil, de lo más simple a lo más complejo, de lo concreto hacia lo abstracto,

de lo más cercano a lo más lejano (“cercano” puede significar “cercanía psicológica”). Este es el procedimiento correcto del punto de vista psicológico. Este *principio de la coherencia, o de la construcción sin falla* es válido en los tres sectores, el intelectual (cabeza), el emocional-psicológico (corazón) y el manual (mano). Cuando todo lo nuevo se vincula a las bases preexistentes, entonces la formación está en armonía con la naturaleza del alumno.

Pestalozzi emplea la imagen del árbol para ilustrar su pensamiento. De las raíces nace el tronco y de él salen las ramas principales, de estas se expanden las ramas secundarias con las hojas, las flores y los frutos. La educación de una persona debería formar un organismo íntegro, completo, pero también abierto hacia afuera. Cada elemento debería vincularse con armonía a otro. El árbolito es, desde el inicio, un ser completo y no una mitad de árbol. Un niño es también, en cada etapa de su desarrollo, una persona entera y no tan sólo la mitad de un ser humano. Así como la naturaleza misma no procede por saltos, la formación no debería tampoco hacerlo, para no dejar espacios vacíos, fallas o carencias. Cada experiencia nueva, cada conocimiento nuevo, cada habilidad nueva debe vincularse armoniosamente a lo que el niño ha adquirido y comprendido previamente.

Aclaremos el punto de vista de Pestalozzi sobre la formación coherente, continua y sin falla ayudados por los conocimientos de la psicología cognitiva. Es obvio que los conceptos constituyen la base del pensamiento y del lenguaje. Pero estos conceptos no deben yuxtaponerse sin sistema en nuestro pensamiento, sino que se deben vincular unos a otros de manera significativa para formar un tejido complejo. Esto refleja las posibles afinidades o antítesis, las interdependencias y relaciones lógicas que hay entre los conceptos correspondientes. Las cosas que de alguna manera están relacionadas entre sí, están también vinculadas y agrupadas de manera adecuada en nuestra conciencia. Un grupo de conceptos que, entre sí, forma una unidad significativa y coherente se llama *estructura cognitiva*. Cuando Pestalozzi reclama una formación coherente y sin carencia o sin falla, esto significa, en términos actuales, que dentro del marco de la formación intelectual, el maestro debe tratar de construir estructuras cognitivas apropiadas en la conciencia de los alumnos.

Los efectos más desastrosos que puede tener el ignorar el principio de coherencia se observan en las matemáticas y en las disciplinas que dependen de esta materia. A menudo, el desarrollo erróneo comienza en la primera clase, en la que es preciso consolidar el concepto de los números, este afianzamiento se prosigue en la segunda y tercera clase de primaria donde se trabajan y

automatizan las tablas de multiplicación. Los que no poseen estas bases fracasarán luego en matemáticas a todos los niveles. A menudo, a los maestros de clases superiores no les queda más remedio que empezar - incluso en el último año de la escuela obligatoria - por consolidar los elementos fundamentales para que todo el edificio no se tambalee.

Pero la coherencia, o el aprendizaje sin ruptura o sin falla, no es únicamente necesario para las matemáticas sino en cada materia. Particularmente difícil es en la clase de historia pues no se puede comprender correctamente un evento histórico si no se conoce lo que lo ha precedido. Por esta razón, en muchas escuelas se empieza por la prehistoria pero, como ya se sabe, el resultado es que los chicos no llegan a saber nada de la historia moderna por falta de tiempo. Volveré a abordar este tema en el capítulo 17.

La problemática de las lecciones de historia muestra justamente que se pudiera malinterpretar por completo la exigencia de coherencia - o de enseñanza sin ruptura o sin carencia - que hace Pestalozzi, es decir, en tanto exigencia para alcanzar un conocimiento completo en todas las materias. Nadie se hubiese opuesto con tanta vehemencia como Pestalozzi a la acumulación sin sentido de conocimientos. Respecto al principio de coherencia, no se trata de la cantidad de conocimientos que se adquieren, sino de considerar fundamentalmente el aprendizaje como un proceso que se hace por etapas, como ya lo he descrito, y de la regularidad del mismo. Todo esto exige que el maestro le conceda al alumno - en cada fase de su desarrollo - un tiempo para *permanecer* en lo que aprende, para que adquiera los conocimientos con *tranquilidad*. Nada puede causar más daño que el tratar de abarcar mucho en poco tiempo. Esto puede acabar en conocimientos y habilidades superficiales que no procurarán una base sólida para lo que se deberá aprender más tarde. He aquí lo que dice Pestalozzi al respecto: “*Mis métodos educativos no impiden - ni por lo general ni en particular - un éxito rápido, pero tampoco prometen alcanzarlo. El hombre es la única creatura que la naturaleza educa lentamente; nosotros, los maestros, también debemos hacerlo así. Todos los métodos de la naturaleza rechazan el brillo que procuran los resultados inmaduros y nos exigen, en cambio, una larga espera llena de confianza al realizar ejercicios elementales y banales.*”

Es imposible ser fiel al principio de coherencia cuando el maestro le enseña a toda *la clase en conjunto*. La enseñanza para Pestalozzi es *individual*, mismo si se le enseña a toda la clase. Cada niño tiene capacidades distintas y si el maestro no las toma en consideración, surgen inevitablemente carencias en el sentido que ya hemos mencionado. Los niños en cuestión pierden la

alegría y el interés en la escuela, pues o se les exige muy poco o demasiado. El principio de Pestalozzi está en relación estrecha con eso que se llama *individualización*.

Desgraciadamente, al término “individualización” se le atribuye hoy en día otro significado. En el espíritu de Pestalozzi no equivale a que cada alumno deba pretender tener su propio programa de enseñanza. No es en absoluto sinónimo de aislamiento y tampoco implica la posibilidad de acortar – según el talento – de uno o dos años el tiempo de escolaridad. La individualización y la enseñanza normal en una clase no se excluyen mutuamente. La individualización significa más bien tomar en serio e incentivar la individualidad, las características inconfundibles de cada niño. Significa también estar totalmente atento a cada niño, observar y saber exactamente cómo piensa en el marco de una secuencia de aprendizajes y dónde se encuentran sus dificultades. Cada respuesta “equivocada”, cada contribución inadecuada, cada interrupción nos revela algo del cuadro mental y emocional del niño. En esos momentos, el principio de coherencia se convierte en acción concreta. El maestro encuentra el motivo por el cual el niño comete errores o interviene de manera inadecuada, y en cuestión de segundos analiza los pequeños o minúsculos pasos necesarios que habrá que dar y en qué orden habrá que darlos para que el niño pueda ir superando sus dificultades. Por eso no basta en absoluto considerar el principio de coherencia únicamente en la planificación anual o en la de una asignatura, sino que debe convertirse en una segunda naturaleza para el maestro, para que trate de intervenir automáticamente y de manera oportuna ante cada dificultad que surja.

Así – por ejemplo – cuando un alumno de la quinta clase es incapaz de pronunciar la palabra francesa “attention”, mismo si ya se la ha repetido varias veces en su presencia, el maestro percibe, al escuchar con cuidado, que el alumno no sabe cuáles son las sílabas que debe nasalizar. El docente repite entonces sílaba por sílaba, luego une las dos primeras y después une las dos últimas y lo hace repetir así, hasta que finalmente el chico une y pronuncia correctamente las cuatro sílabas seguidas. El maestro no pone presión para que el alumno lo haga rápidamente, sino que deja que repita primero lentamente y luego cada vez más rápido. ¿Piensan que esto es fácil o qué no vale la pena hablar de ello? Por casualidad, me tocó presenciar esta situación durante una inspección escolar y el maestro que estaba trabajando con un pequeño grupo me permitió ayudar a un alumno. El ejercicio duró, a lo sumo, un buen minuto. Hubiesen tenido Uds. que ver la inmensa sonrisa que tenía el chico

cuando logró superar el obstáculo que lo hacía tropezar. ¿No piensan acaso que ese destello en la mirada de un niño que ha conseguido hacer algo bien, es la cosa más extraordinaria?

Como se leyó en la prensa, a fines del 2006, un joven de dieciocho años en Alemania disparó como loco a su alrededor en “su” escuela y luego se suicidó. En su carta de despedida decía que no había aprendido nada más que a ser un fracaso. Y me parece oír nuevamente al maestro decir: “No te puedo esperar, debo enseñarle a toda la clase”.

Claro que comprendo perfectamente bien a los maestros que dicen esto, puesto que están atrapados en un sistema en el cual la *uniformidad* es lo que prevalece. El sistema requiere, en principio, que en todas las clases se traten los mismos temas, se exija lo mismo y se utilicen los mismos criterios de valoración. Casi todo lo que hoy en día se considera irrefutable, dificulta (no digo: impide) más o menos el poder responder a las necesidades específicas de cada niño: agrupar a los niños por edad, el sistema de maestros especializados (sé que esto es correcto a nivel de secundaria) los horarios de estudio con el sistema rígido de las lecciones de 45 minutos, la cantidad excesiva de material didáctico, los requisitos “uno válido para todos”, las notas y otros sistemas estándares de valoración. Otras cosas que dificultan el poder responder a las necesidades específicas de cada niño es el número tan grande de alumnos por clase, que no se debe al sistema educativo sino a la falta de recursos económicos. La política educativa debería crear todas las condiciones y favorecer todas las soluciones que le garanticen a los maestros la libertad necesaria para que el maestro imparta cursos individualizados.